

Una escuela a pleno tiempo en Barbiana nos ha escandalizado siempre y hasta, sin creerlo, lo hemos tomado por una exageración. ¡No puede servir de ejemplo! Sin embargo, las cartas de Milani dejan ver un motivo peculiar en el mundo rural, que es sorprendente.

OVEJAS O LIBROS

José Luis Corzo (M)

Cuando en la España austera de la posguerra (años 40 y 50 del siglo pasado), los curas y las monjas llenaron sus seminarios y conventos de jóvenes rurales – a veces, con algo de hambre – pudieron comprobar que los convertían en señoritos frente a sus hermanas y hermanos que no abandonaron el pueblo. Muchos eran mal vistos por irse a estudiar. Al propio Giuseppe Roncalli – luego Juan XXIII – le pasó algo así: él pudo hacer carrera, un carrerón, y menos mal que no se le subió nunca a la cabeza ni se olvidó de sus hermanos. En Barbiana la cosa era más difícil todavía: no se iban lejos de casa, sino a la escuela del cura, ante los dos palmos de narices de sus hermanos, a cargo de las cabras y ovejas y del establo. Así nació aquella verdad insospechada de *Carta a una maestra* [p. 13]: “La escuela

siempre será mejor que la mierda”. Literal, se refería al estiércol.

En algunos casos españoles los padres se quitaban algunas bocas de delante, si sus hijos se iban a estudiar. Pero en Barbiana solo prescindían de una mano de obra familiar muy valiosa para el ganado y otras tareas agrícolas. Milani hizo un verdadero pacto con aquellos padres. No se los llevaba a divertirse, sino a trabajar duro de otra manera. A cambio exigía que acudieran puntuales a la escuela todos los días del año.

A muchos se nos había pasado desapercibido este aspecto tan concreto y real del *tiempo pleno* barbianés. No todo era por amor al arte o al saber. Así lo explicaba él mismo en 1958 y dos años después.

Carta a don Raffaele Bensi, su consejero espiritual

“Barbiana, 14 julio 1958

Querido don Bensi,

[...] Los exámenes orales creo que han ido bastante bien. Mañana deberemos saber los resultados.

Ayer, domingo, hicimos por primera vez un verdadero día de vacación (menos la Misa, la doctrina y las Vísperas). Quería adaptarme al consejo de las personas serias (mi madre, don Bensi, Eda), pero le aseguro que estos pobres hijitos daban pena. Construyeron una cometa y el viento no vino, así que no voló (la de Pascoli en cambio se puede echar a volar en cualquier momento sin sujetarse a las desilusiones meteorológicas, como en tantas diversiones mundanas). Así que se pelearon un poco entre ellos como vulgares chavales de la llanura. Y al domingo le costó trabajo pasar.

Además está el otro asunto: usted dice que soy feroz con ellos, pero de verdad créame que este tiempo no está para no serlo. Sus hermanitos y hermanitas menores desde hace un mes llevan una vida muy sacrificada en los campos y en los establos. Mis 6 estudiantes no pueden convertirse en señoritos que estudian y tienen vacaciones, mientras los hermanitos pequeños no las tienen.

Poder estudiar no es un sacrificio, es una gracia que se ha de pagar cara, más cara que el coste del trabajo en el campo. Si no, la escuela es corruptora y cuece presumidos pretenciosos y viciados.

Además, si como dicen, fuera verdad que los chicos tienen necesidad de un poco de descanso, entonces hay que reformar el sistema de la aparcería y el de la patria potestad, de modo que obligue a los propietarios a limitar el trabajo de los aparceros y a los aparceros a limitar



el trabajo de sus chavales. No he sido yo quien trae la austeridad a Barbiana. Tan solo trato de tener la austeridad de vida de mis estudiantes a la altura de la que tienen los campesinos entre los que viven y de cuyo esfuerzo gozan sus frutos. Y con toda mi ferocidad no llego ni de lejos a tal objetivo. Mis martirizadísimos estudiantillos son objeto de la envidia y de los celos de todo un pueblo de chavales.

No puedo consultar los manuales de pedagogía para regular el horario y las vacaciones de Giancarlo (13 años) cuando he visto a las 5 de la madrugada a su hermanita Luciana (9 años) limpiando sola el establo con una carretilla más grande que ella, mientras que Luciano (su gemelo) ya estaba segando el trigo en el campo sobre una hora. Por la tarde a las 8 y cuarto cuando Giancarlo todo limpio y festivo vuelve de la escuela, Luciano vuelve del campo tan agotado que no tiene fuerzas ni para sonreír. *Así que* el domingo se estudia: Luciano porque es un descanso para él y, Giancarlo, porque debe pagar el precio del privilegio.

Me he alargado en describirle todo esto porque algunas veces cuando estoy ahí con usted, me sorprende sin respuesta cuando dice, por ejemplo: “¡Déjalos respirar un poco! Tormento. Tirano. Verdugo. Es natural que Michele se escape etc.”.

Usted conoce hasta demasiado a esos estudiantes presumidos, así que debe entender mi lucha a cualquier precio para que salga de una escuela en la casa parroquial una mercancía totalmente diversa.

Y ahora perdone mi respuesta de efecto retardado. Mientras le escribo los chicos están cada uno en su libro. En toda la mañana no he dado ni un grito, cada uno trabaja en la tarea que le di sin distraerse. Los miro y me convenzo por enésima vez de que no son monstruos, descolocados, amenazados de agotamiento, de inhibiciones, de desequilibrio, de tics nerviosos.

Ayer fue un día descolocado, innatural, aburrido, interminable, hoy es de nuevo un día de felicidad completa, la felicidad de haber vuelto al orden. Y el orden es que el hombre sea sabio y pronto al sacrificio. De la cuna a la tumba en un armonioso crescendo de sabiduría y de austeridad sin solución de continuidad ni estival ni dominical. Y por lo demás la Iglesia siempre lo ha enseñado así, tan es verdad que nunca ha puesto el estudio entre los trabajos prohibidos el domingo.

Un abrazo afectuoso de su Lorenzo” [TO II, 509].

Carta a la señora Elena Pirelli

“Barbiana 28 septiembre 60

Querida señora [...]

pensaba que el ambiente de Barbiana fuera por sí mismo el más grande educador de muchachos difíciles. Este verano por ejemplo tres familias urbanas me habían endosado un chico difícil cada una. Al cabo de una hora en Barbiana todos se convirtieron en chicos fáciles y se han conservado así todo el verano. Cada día más amables, más serenos, más estudiosos, más obedientes, menos nerviosos etc. En cuanto han vuelto a casa al cabo de una hora eran los de antes.

En consecuencia he decidido para el año próximo establecer una “Casa de reeducación para padres” o sea un “Reformatorio de mayores”. El único defecto de la idea es que el tribunal me ha mandado la lista de padres que hay que reformar y he tenido que constatar que comprendía el 127,3 % de los padres de ciudad y de pueblo. Los únicos excluidos son los campesinos de montaña que se han revelado únicos educadores sólidos. Ante un examen más profundo ha aparecido que la cosa, como era previsible, no era verdadera pues no eran los padres de montaña los educadores, sino que la vida dura había trabajado por ellos. Mis heroicos pequeños monjes [*así los representó en la vidriera de un altar de Barbiana*] que soportan sin un lamento ni pretensiones 12 horas diarias laborables y festivos de insoportable escuela y vienen felices, de hecho no son héroes, sino más bien pequeños vagos holgazanes que han valorado (y con razón) que 14 o incluso 16 horas en el bosque cuidando ovejas son peores que 12 en Barbiana recibiendo mis patadas y voces. He ahí el gran secreto pedagógico del milagro de Barbiana...” [TO 765].